

CULTURA

Miembro de la Escuela de Nueva York, el profesor apostó por enseñar a los más pequeños de manera lúdica e imaginativa

Kenneth Koch, el poeta que no subestimó a los niños



Kenneth Koch, en uno de sus talleres de poesía para niños en Nueva York en 1968, en una imagen cedida por su fundación.

SERGIO C. FANJUL, Madrid
El poeta estadounidense Kenneth Koch (1925-2002) parecía un buen tipo. Su poesía fue juguetona y luminosa, muy imaginativa, celebrante de las cosas más sencillas de la vida y del lenguaje. En las fotografías que se pueden encontrar en internet siempre aparece sonriendo (incluso en una en la que parece ser arrestado por un policía). Sus alumnos en la Universidad de Columbia lo tenían por un profesor estimulante, ingenioso y apasionado de la literatura. Y dedicó no pocos esfuerzos a acercar la poesía a ese colectivo tan frecuentemente olvidado y vilipendiado: los niños. "Una vez que el lenguaje existe, existe también el impulso de jugar con él", dejó escrito.

Lo más bonito de su forma de enseñar la poesía a los más pequeños fue el respeto. No los subestimaba: les ofrecía piezas de algunos de los poetas más importantes de su tiempo o de la tradición poética (William Carlos Williams, John Ashbery, William Blake, Wallace Stevens, Rainer Maria Rilke o su amado Lorca). "Pensaba que era un problema darle a los niños poemas sosos, cursis, infantilizados", dice el editor Anibal Cristobal. "su idea era proponer los textos de estos poetas partiendo de un eje que pudiera interpelar a los pequeños". No entendía la frontera entre la poesía infantil y esa que llamamos poesía adulta.

Así, anima a sus diminutos pupilos a escribir (en lo que llamaba "tareas") inspirados por los grandes poetas, pero utilizando motivos de su mundo, sus sueños o sus deseos. Por ejemplo, a partir del célebre poema *Solo para decirte*, donde Williams confiesa que se ha comido unas ciruelas que alguien guardaba en la nevera para el desayuno (Perdóname / estaban deliciosas / tan dulces / tan frías), Koch propone escribir sobre cosas que nos gusta hacer, aunque estén mal hechas. Sobre no arrepentirse demasiado.

Koch difunde la idea de que la poesía no es tanto un género literario que se tiene que adaptar a distintos públicos, sino una manera de mirar y relacionarse con el mundo", dice la poeta Claudia González Caparrós. No importaba tanto lo formal, o el talento, ser buen o mal poeta, tampoco aprender nombres, fechas, rimas y mé-

tricas (como tantas veces se ha intentado enseñar la poesía), sino la imaginación y las ganas de explorar y divertirse. "Una vez soñé que mi amiga era una zanahoria y yo un pepino", escribió Ilona Barbuka, una de sus alumnas, inspirada en un sueño.

Koch empezó a impartir talleres de poesía para alumnos de primaria en una escuela pública de Nueva York (la Public School 61, en Manhattan) a finales de los años sesenta, pero luego fue extendiendo su ámbito de acción hasta dar talleres por diferentes países. De su dilatada experiencia salieron dos exitosos libros que difundieron sus métodos por gran cantidad de escuelas: *Wishes, Lies and Dreams: Teaching Children to Write Poetry* (Deseos, mentiras y

sueños: enseñando a los niños a escribir poesía), publicado por Harper Collins en 1970, donde predominan las "tareas" literarias, y *Rose, Where Did You Get That Red? Teaching Great Poetry to Children* (Rosa, ¿dónde te volviste roja?: enseñando la gran poesía a los niños), publicado por Vintage Books en 1973, donde se comentan las obras de los poetas consagrados y su forma de inspirar a los pequeños.

Su actividad docente llegó a las páginas de *The Wall Street Journal*, *Life*, *Newsweek* o *The New York Review of Books*, y las lecturas públicas de sus pequeños discípulos llegaron a los mismos espacios donde recitaban los poetas consagrados. De la mezcla de las dos mencionadas obras,

que ayudaron a divulgar enormemente otra forma de enseñar poesía, se forma la reciente síntesis española: *Una hormiga es el principio de un nuevo universo* (Krieller71), en edición a cargo de González Caparrós y Cristobal, donde se han fusionado los dos libros, teniendo en cuenta que algunos de los ejercicios no tenían sentido traducidos al castellano.

Koch propone escribir poemas colaborativos (como se hacía en la antigua Grecia, en el Japón medieval, o como hicieron los surrealistas), poemas basados en los deseos (que comiencen con la fórmula "me gustaría...") o en lo que llama "mentiras", es decir, en contar cosas que no existen. Propone escribir sobre "algo que no debería ser bonito, pero que en secreto

piensas que lo es". Al final de sus volúmenes da consejos para los enseñantes de poesía. El más importante: leerla. "Una cosa que me animó fue lo lúdico e imaginativo que era a veces el discurso de los niños", escribe Koch, "decían cosas verdaderas de maneras nuevas y sorprendentes".

Las aventuras pedagógicas de Koch y los poemas de sus alumnos llevan al lector a la antología de su propia poesía, recogida en España en *Perritos ladrando en la nieve* (Krieller71). Así se descubre que los poemas de Koch no son tan diferentes, salvando las distancias, a los que inspiraba en sus talleres. "Tal vez esa sea una de las claves: Koch no tenía que cambiar el chip, lo que les llevaba a los niños a los talleres era lo mismo que él y sus colegas producían, muchas veces con procedimientos similares", señala Cristobal.

La época ayudó a la actividad de Koch: "Para finales de los sesenta estaba claro que la buena poesía moderna no tenía por qué tratar un tema elevado presentado en una dicción elevada enmarcada en la rima y la métrica, que son los principales escollos para los niños al escribir poesía", escribe el poeta Ron Padgett en uno de los prólogos. No solo eso: Koch comienza a enseñar en 1968, un momento convulso del mundo donde las jerarquías se ponen en cuestión, se buscan nuevos mundos, nuevas formas de hacer las cosas, cierta horizontalidad y se valora la creatividad y la imaginación (que se quiere llevar "al poder" como se lee en las pintadas de las ruveletas de París).

Tal vez lo más curioso de la actividad de Koch es comprobar que los textos que nos pueden resultar oscuros y misteriosos a los adultos, y hacernos repeler la poesía, no tienen por qué parecerse a los niños: Koch creía que era un error presentar los poemas como un acertijo a descifrar, y que había que disfrutarlos de forma más libre, aunque no captemos del todo su sentido: dejarlos fluir en el lenguaje y abordarlos no tanto desde el intelecto como desde la emoción. Y los más pequeños saben hacerlo: "Es bonito ver cómo la dictadura del significado no ha llegado aún a los niños", concluye Caparrós.

Cientos de diarios de EE UU cancelan una tira cómica por comentarios racistas de su autor

IKER SEISDEDOS, Washington
Los lectores de la, un tanto anacrónica, sección de tiras cómicas de *The Washington Post* echarán en falta a partir de ahora dos de sus presencias más familiares: la del perplejo oficinista Dilbert y su perro. El diario ha cancelado el contrato con su creador, el dibujante Scott Adams, por unos comentarios que realizó en YouTu-

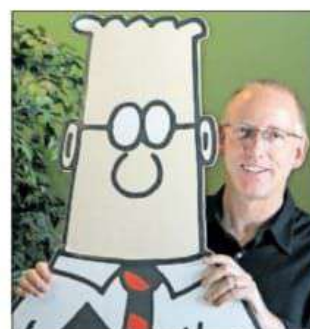
be el miércoles. Decía que la comunidad negra en Estados Unidos forma "un grupo de odio" y que los blancos mejor harían de "alcjarse de ellos".

The Washington Post no está solo en su decisión. También la han adoptado cientos de diarios que publicaban *Dilbert*, además de los 200 periódicos que forman parte del grupo de comunicación

Garnett, editora del *USA Today*. Adams, de 65 años, creó en 1989 la tira, ambientada en una oficina indeterminada.

En el video, el dibujante decía: "Si casi la mitad de todos los negros no están de acuerdo con los blancos, eso los convierte en un grupo de odio. No quiero tener nada que ver con ellos. Y diría, visto cómo van las cosas, que el mejor consejo que le daría a los blancos es que se alejen de los negros... porque no hay solución posible". "También estoy harto de ver videos de estadounidenses negros golpeando a ciudadanos que no son negros", añadía.

El viñetista fue aparentemente consciente de las consecuencias que podían acarrearle sus palabras. Los reporteros del *Post* que



Adams, con su personaje Dilbert. AP

se encargaron de la noticia de su despido le preguntaron el sábado en cuántos periódicos publicaba *Dilbert*, a lo que Adams contestó. "Para cuando llegue el lunes, más

o menos cero". En los buenos tiempos, la respuesta habría sido: "2.000 cabeceeras".

En otra transmisión del sábado, Adams auguró que "la mayor parte" de sus ingresos se "habrán esfumado la próxima semana". "Mi reputación por el resto de mi vida está destruida. No puedes volver de esto, ¿verdad?".

"Con Dilbert, Adams elevó al *nerd* [empollón] de manual al papel de protagonista de la alienación que define el cubículo de una inmensa oficina", explicó ayer el profesor de la Universidad de Valencia Alvaro Pons, uno de los grandes expertos en cómic en España, país en el que la tira se difundió en los noventa en medios locales.